Fiesta religiosa y devoción popular. El valle de Ixtlahuaca-Atlacomulco en el siglo XIX*

María del Carmen Rivera Quinto**

ISSN (digital): en trámite
DOI: https://doi.org/10.25009/urhsc.v1i46.2911

El pasado 4 de agosto de 2024, Atlacomulco, en el Estado de México, México, conmemoró el bicentenario de su fundación. El festejo fue bastante modesto, apenas el obligado desfile cívico, la inauguración de una exposición de pintura en acuarela, la develación de una placa y la presentación de un intérprete mediocre. Acaso este descuido se deba al creciente apoyo al partido político opuesto al priismo del que este municipio se considera su cuna, la falta de presupuesto o el interés en otros asuntos. En cambio, al revisar el programa de actividades para el resto del año, se podía notar que la celebración religiosa dedicada al Señor del Huerto, el 15 de septiembre, reserva una semana de festejos, aunque las visitas prefestivas ocurren un mes antes con la llamada Primera Entrada de las Flores, en la que un grupo de devotos lleva en procesión el primero de varios arcos florales que decorarán la fachada de la iglesia.

Ante esta marcada polaridad, surge la pregunta por el origen de la identidad de los habitantes de un lugar y por los elementos que entre ellos generan arraigo. Dicho en otras palabras, ¿por qué una festividad religiosa tiene mayor impacto en una comunidad que su conmemoración cívica fundacional? *Fiesta religiosa y devoción popular. El valle de Ixtlahuaca-Atlacomulco durante el siglo XIX*, autoría de Antonio de Jesús Enríquez Sánchez, intenta dar respuesta a esta pregunta explicando, desde la perspectiva histórica, la trascendencia de la fiesta religiosa por sobre las festividades cívicas.

El doctorando en Historia por El Colegio de Michoacán estudia el desarrollo del fenómeno religioso en la región en el siglo XIX y su sobreviven-

* Antonio de Jesús Enríquez Sánchez, *Fiesta religiosa y devoción popular. El valle de Ixtlahuaca-Atlacomulco durante el siglo XIX*, El Colegio Mexiquense, A. C., México, 2022, 355 pp. ISBN: 978-607-8836-21-5.

** Facultad de Humanidades, Universidad Autónoma del Estado de México, Toluca, Estado de México, México, e-mail: mriveroq632@profesor.uaemex.mx. ORCID: 7453-7968.

BY-NC-SA

cia durante el periodo de la Reforma liberal que decretó la restricción de las manifestaciones de fe en la vida pública. El historiador, sin embargo, a pesar de delimitar el marco temporal de su objeto de estudio, se muestra consciente de que éste muchas veces rebasa tal límite, razón por la cual amplía los márgenes, pues el rastreo de las primeras noticias de pagos de misas o solicitudes para la realización de fiestas, construcción de iglesias o permisos para procesiones en la zona data de la época virreinal, mientras que la pervivencia de ciertas prácticas religiosas o sus modificaciones se registra en los inicios del siglo xx.

El estudio de la fiesta religiosa popular en el valle mazahua durante el siglo xix centra su interés "en las poblaciones inmersas en el espacio, en las devociones y fiestas locales que se configuraron en el curso de la centuria decimonónica [y] destaca el papel que juega la población como agente activo en la emergencia de devociones, funciones religiosas y agendas festivas, así como las razones que propician su asistencia a las fiestas" (p. 27). Todo esto acontece muy a pesar de los procesos de modernización, secularización y censura de la que serán objeto la fiesta religiosa y la devoción popular durante la segunda mitad de dicho siglo.

El texto de Enríquez abunda en fuentes de índole diversa que van del archivo histórico, municipal o parroquial de los municipios de Ixtlahuaca, Jocotitlán (el más completo a decir del autor) y Atlacomulco (el más carente de noticias incluso desde antes de la época colonial), hasta libros de viajeros, testamentos, imágenes de bulto, exvotos, retablos, estampas populares, cuadros, fotografías, mapas, sellos, que evidencian que el fervor religioso suscita dos cuestiones. Una, la necesidad de la gente de hacer los rituales correspondientes a los santos; y otra, el empeño reformista del siglo xix, y de la actualidad, de convertir la fiesta religiosa popular en algo compatible con los afanes modernizadores y reducir su número al reconocimiento oficial de las más significativas festividades populares.

El libro, derivado de la tesis de Maestría del autor, se divide en tres apartados. El primero, "El espacio: un valle rural, agroganadero e indígena", se destina a la descripción del territorio de esta región mexiquense habitado en su mayoría por los grupos étnicos mazahua y otomí y cuyas tierras, explica Enríquez, eran más propicias para la actividad agrícola, en especial el cultivo del maguey, que la ganadera. En este capítulo, se recuperan mapas de los siglos xviii y xix que ilustran la configuración de este valle y se describen algunas ocupaciones: la albañilería, la alfarería, la minería, la fabricación de escobas o de productos textiles, la producción de pulque, así como las enfermedades que padecía la población, la cual dedicaba retablos a sus santos para atenuarlas o costeaba las fiestas religiosas con la venta de tales productos.

En "El orbe festivo religioso", segundo capítulo, Enríquez delimita el estudio de la fiesta religiosa a tres municipios: Ixtlahuaca, Jocotitlán y Atlacomulco. El primero por tratarse de la residencia en ese momento del subprefecto de la región; el segundo por ser el mejor documentado en cuanto a fiestas patronales y devociones locales, y el tercero por tratarse de la cabecera de la zona durante el periodo y que con el tiempo tuvo más proyección por razones políticas y por ser residencia de una de las imágenes más queridas del lugar.

En este capítulo, el autor construye las agendas festivas tanto de las fiestas titulares o patronales como locales, es decir, las festividades menores de los pueblos, rancherías e incluso haciendas pertenecientes a alguno de los municipios, fundamento del libro, aunque en varios momentos la revisión puede resultar abrumadora y hasta monótona o repetitiva, sobre todo por los datos que se recuperan (¿o duplican?) en la última parte del texto.

Después de revisar, hasta donde las fuentes disponibles se lo permitieron, todas las manifestaciones devotas de las fiestas dedicadas a los patronos de estos municipios: Jesús Nazareno en Jocotitlán, el 6 de agosto; Señor del Huerto en Atlacomulco, el 15 de septiembre;[1] San Francisco de Asís en Ixtlahuaca, el 4 de octubre, y rescatar las devociones menores de los pueblos suscritas a estos lugares o las personales que trascendían las localidades y a las que se les heredaba en testamentos, como la del Señor de Chalma, Enríquez, da una vuelta a su esquema expositivo y hace un importante repaso de la otra cara de la cuestión, esto es, la configuración del calendario nacional, que va incorporando algunos festejos religiosos en el curso de sus fases sucesivas en el siglo XIX: la imperial, la republicana y la liberal. Con base en este examen, el autor explica la sobrevivencia de las fiestas de la región, que se mantuvieron al margen de la agenda civil gracias al arraigo que éstas tenían entre la población desde el tiempo virreinal.

En el último capítulo del texto aquí reseñado, "Los presupuestos de la fiesta religiosa popular", Enríquez repara en el importante tema de la identidad que las devociones de cada municipio generan entre sus pobladores. Esto supuso una marcada oposición entre el emergente calendario cívico-festivo nacional y los de los tres municipios

[1] A pesar de que el autor explica con claridad en el apartado "Atlacomulco y la virgen de Guadalupe. Una historia de desplazamientos", que la patrona oficial del municipio es la representación mariana, también menciona el portento de la renovación atribuida al Señor del Huerto, uno de los muchos motivos para la trascendencia al primer plano de su veneración y para la enorme fiesta que se hace en septiembre, pues su promoción se debió "al impulso devocional de la población de Atlacomulco y aún [*sic*] al de los devotos foráneos, quienes con su fervor a la imagen robustecieron su festividad" (p. 292), razón por la que se menciona en el párrafo.

que obedecen a las razones descritas en los apartados anteriores: "Alimentadas por las devociones locales, los intereses identitarios o la capacidad económica de la población de determinada localidad para poder sostenerlas, las agendas festivas guardaban su propia lógica constitutiva y contra ellas nada podrían hacer las pretensiones homogeneizantes [*sic*] de los poderes en la cúspide" (p. 273).

Por último, el autor explica los motivos por los cuales los habitantes de los tres municipios hacían, y aún hacen, la fiesta, y que son de peso para la sobrevivencia de sus comunidades allende la devoción religiosa: la cuestión agraria, el prestigio y la identidad, fuente de trabajo, móvil económico, y cierra con un mínimo apartado dedicado al comentario de la ríspida querella entre la fiesta religiosa y el imperativo orden de la reforma liberal, cosa lamentable, pues si bien no es asunto del libro —aunque lo menciona en la "Introducción"—, rescata los llamados "silencios documentales", es decir, aquellas inferencias resultantes de la interpretación de los documentos como ciertas peticiones en las que el pueblo y la autoridad política de los lugares negociaban los permisos al margen de la ley liberal o, por el contrario, que la ausencia de solicitudes suponía que la fiesta en el espacio público se realizaba desafiando aquellos principios.

En este sentido, Enríquez rescata las críticas a las fiestas devocionales de mazahuas y otomíes de la zona "por no terminar de entender los motivos que escondían los indígenas detrás de sus festividades, la importancia que le daban a destinar sus exiguos ingresos en su realización, la suspensión de los trabajos en que solían ocuparse sólo para asistir a ella o el hecho de que las acompañaran con pirotecnia y bebidas" (p. 294), y no olvida la amenaza latente de revuelta por parte de estos sectores sociales en caso de que impidieran sus festejos.

Fiesta religiosa y devoción popular… es un libro útil para los interesados en las agendas festivas en tanto manifestaciones culturales y actividades turísticas, más allá del fallido corredor cultural mazahua de la zona, ya que a través del seguimiento de las festividades religiosas se pueden trazar otros recorridos y conocer estos espacios del territorio mexiquense. Constituye un documento sociológico que rescata costumbres que debieron conservarse por su valía en tanto gestos humanitarios como la llamada "comida de pobres", en la que las doce personas más necesitadas del municipio de Jocotitlán representaban a los doce apóstoles en la conmemoración de la Última Cena y recibían una comida.

Fiesta religiosa y devoción popular… también está destinado a antropólogos, agrónomos, etnólogos, etnógrafos y gastrónomos, pues el autor rescata información de bebidas festivas preparadas con maíz como el *zende*; a los

economistas, ya que el día de fiesta es el día del gran tianguis; a historiadores del arte, a las autoridades municipales de Ixtlahuaca, Jocotitlán y Atlacomulco, y a sus habitantes, por supuesto; a quienes migraron de estos lugares y a quienes tenemos la oportunidad de visitarlos con frecuencia.

Se lamenta el descuido en la edición, pues hay sendas notas a pie de página de más de una cuartilla que entorpecen la continuidad de un texto abundante en descripciones, serios errores ortográficos y la omisión de datos de identificación en algunas de las imágenes, lo que puede causar confusión, así como la notable omisión, a manera aclaratoria o de contraste para próximas investigaciones, de que la mayor parte del pueblo mexicano de aquella época y de hoy se reconoce católico, y no darlo por sentado, pues se debe recordar que con el auge de la minería en municipios como El Oro hubo y hay presencia protestante en la zona.

Sin embargo, Enríquez renueva el interés y la fascinación por la fiesta religiosa, en tanto tema para la historiografía mexiquense y nacional, pues en torno a ella, fe, siembra, consumo, comercio, diversión y reactivación de todos los aspectos de la vida comunitaria adquieren un sentido que con el tiempo se ha desvirtuado. Esta obra es una invitación a leer sobre temas relacionados como la historia de la laicidad en México, la historia secular y la cultura popular de estos municipios; aunque algunos párrafos del texto generan preguntas que el autor no aclara como a qué se debe que las evidencias sean menos prolijas entre los archivos de Jocotitlán y Atlacomulco o a qué se refiere con la expresión "fiesta de tabla".

Cuando Enríquez se detiene a exponer el protocolo festivo-religioso sustentado en las fuentes disponibles, no duda en incluir una obra literaria, una novela histórica, *La guerra de tres años* (1891) de Emilio Rabasa. Sin embargo, la mención de esta referencia dentro una narrativa histórica en una nota al pie de página, hace ver la conciencia del autor al valorar un relato literario surgido al calor de la querella reformista que manifiesta el interés del novelista por el presente de aquella época y la realidad pasada, objeto de la historia. En este sentido, se reconoce la tenacidad del autor no sólo por justificar la pertinencia de esta fuente, sino también por sumar su investigación al campo de los estudios en materia histórico-literaria.

La festividad es una real arqueología viva que hace patente esa repetición cíclica y mítica de la fiesta para rememorar un pasado fabuloso o sus manifestaciones sagradas que dan identidad, cohesión y solidez identitaria a estos pueblos del valle mazahua. En este sentido, resulta realmente valiosa la labor de rastreo de Enríquez de ciertos retablos devocionales, labor que hace de la investigación histórica una experiencia placentera y muy amena, ya que reve-

lan historias que resultan chuscas como la de aquel hombre que se consideraba devoto del Señor del Huerto y que, habiendo enfermado, pidió su auxilio bajo amenaza de renunciar a la fe católica en caso de no curarse.

Sin duda, ejemplos como el descrito generan un diálogo con el autor, pues el lector se pregunta por el paradero de esos retablos, que no están en la iglesia, y que deberían ser patrimonio del municipio. A saber si la familia Colín, algún Barbabosa o quien los posea, los conserva en condiciones óptimas. Ello sin contar la sospecha del autor de que debe haber más de los que Mario Colín compiló en su libro. *Fiesta religiosa y devoción popular…* recuerda al mural *Fiesta y tradiciones de Atlacomulco* (2014) de Rosario Martínez, y rescata el lado profano que suscita el fervor religioso, como las peleas de gallos, los juegos, los bailes y, por supuesto, las peleas y bacanales, que también quedaron registradas en los archivos. Un detallado relato histórico sobre el pasado siempre presente del universo festivo en un valle mazahua.